Estudios sobre las Culturas Contemporaneas
Universidad de Colima
pcultura@cgic.ucol.mx
ISSN (Versión impresa): 1405-2210
ISSN (Versión en línea): null
MÉXICO

2005
Héctor Gómez Vargas
EL DELICADO SONIDO DEL TRUENO
Estudios sobre las Culturas Contemporaneas, junio, año/vol. XI, número 021
Universidad de Colima
Colima, México
pp. 35-70

Red ALyC
LA HEMEROTECA CIENTÍFICA EN LÍNEA EN CIENCIAS SOCIALES
www.redalyc.org

EL DELICADO SONIDO DEL TRUENO

La ciudad de León durante el siglo XX, transformaciones culturales y medios de comunicación

Héctor Gómez Vargas

Resumen

Bajo la propuesta de que lo acontecido entre la década de los años cincuentas y la de los setentas es importante para entender la manera en la que muchas culturas locales de México entraron a la antesala de la globalización, se pretende explorar las transformaciones culturales que se dieron en esas décadas. Teniendo como caso de estudio a la ciudad de León, se explora la manera en la que se introdujo en un proceso de conversión mediante la tensión del peso de su pasado y la llegada de un mundo más amplio donde el consumo y la diversión eran parte de lo que anunciaban esas transformaciones. Para la exploración se recurre a las memorias de los sujetos sociales que vivieron de adolescentes las metamorfosis culturales, por medio del empleo de la historia oral.

Palabras clave: Globalización, Historia oral, Transformación cultural

Abstract – The Delicate Sound of Thunder. León, City in the XX Century, Cultural Transformations and Means of Communication

Based on the idea that everything that occurred during de 50's and 60's is important for understanding the way many local cultures in México got acquainted with the concepts of globalization, we attempt to explore the cultural transformations that took place during those two decades. Using León city as a case study, we explore how it entered a conversion process through the tension caused by the weight of its past and the arrival of a wider world in which consumerism and entertainment were part of what the transformations predicted. In using oral history for the study, we rely upon the memories of the social subjects who were teenagers when these cultural metamorphosis occurred.

Keywords: Globalization, Oral History, Cultural Transformation

Héctor Gómez Vargas. Mexicano. Doctor en Ciencias Sociales. Profesor investigador de la UIA León. Áreas de interés: estudios culturales, pensamiento complejo, culturas locales y globalización, gente joven y universos mediáticos. Miembro del Comité de Expertos en Ciencias Sociales del Consejo de Ciencia y Tecnología del estado de Guanajuato y del Comité Editorial de nuestra revista desde 1994. Dirección: UIA León, Departamento de Ciencias del Hombre, Blvd. Jorge Vértiz 1640, Colonia Cañada de Alfaro, León, Gto., CP 37238. Correo electrónico: hector.gomez@leon.uia.mx

EL DELICADO SONIDO DEL TRUENO

La ciudad de León durante el siglo XX, transformaciones culturales y medios de comunicación

Héctor Gómez Vargas

La ciudad es el nombre de una mirada que abre mundos,
es una gran pregunta cuya respuesta no tiene un único camino.
No importa tanto el qué pueda ser dicho
en relación con la ciudad sino desde dónde se dice.
Rossana Reguillo, *El laberinto, el conjuro y la ventana*

La insoportable levedad del ser

A partir del último cuarto del siglo XIX, el mundo se caracterizó por entrar en un movimiento de cambios continuos que fueron alterando la organización y el perfil de las sociedades en forma ininterrumpida. El tránsito por el siglo XX fue un deslizamiento entre la sensación de que algo permanecía y de que algo emergía con una fuerza que parecía que lo borraría todo. En el punto donde se tocaban ambas, se daba, por lo general, un escenario donde distintas fuerzas y tendencias entraban en un juego de definiciones varias que sería un impulso configurador de nuevos órdenes sociales. Algunos autores han visto en este movimiento una tendencia más lejana en el tiempo, que es parte de un proceso civilizatorio de larga duración. Algunos otros lo han denominado como el "mundo

moderno", otros más como un "sistema mundo", constituido por distintas fases históricas, y que es ese proceso donde se encuentran las improntas de lo que actualmente vivimos.

Sin embargo, el proceso no ha sido simple, sino lleno de tensiones, contradicciones y ambigüedades, que lo han ido cargando de una creciente complejidad, pues, entre otras cosas, los mundos emergentes de la modernidad o del sistema mundo, estarán caracterizados por la tensión que implica la dinámica entre el pasado y lo nuevo, la tradición y lo moderno, que se vivirá de manera diferenciada en cada cultura (Hobsbawm, 1984). Ese impulso y esa dinámica –si bien la constitución de un mundo global ha tenido la ambición de la totalidad– se ha dado dentro de los marcos del pasado: a partir de las matrices culturales que se han dado y configurado a cada cultura (Ortiz, 2001), y ha sido su manera particular e irreversible como se ha insertado en la historia de las civilizaciones, la forma en que esas tensiones se han dado y las han caracterizado. Es decir, en los procesos globales hay que considerar los procesos locales que se han dado, pues en los momentos de organización de las sociedades mundiales, los factores locales no sólo intervienen en las maneras particulares en las que han reaccionado y se han ajustado a tales procesos, sino que también son parte de las mismas dinámicas globales (De Landa, 1998; Morin, 2001).

Ese proceso civilizatorio, entonces, puede ser visto como parte de la transición de un modo de organización de la vida social. En esa visión, puede existir el riesgo de querer encontrar líneas divisorias claras que señalen y enmarquen ambos mundos, así como la tendencia a querer observar la manera en la que un mundo sustituye a otro o adquiere mayor presencia y jerarquía. El reto en este punto es señalar, en cada caso, que se estudia la manera en la que la tradición tiende a mantenerse, así como a guardar centralidad y alta significación en la organización social, o la manera en la que el mundo nuevo va desintegrando y borrando las improntas del pasado (Montesinos, 2002). Pero también puede ser visto desde una mirada del pensamiento complejo: la vida social no se conforma por líneas divisorias claras, separadas y por entero autónomas, sino más bien se da por la creciente aparición de realidades varias, o por la contención de posibilidades de realidades emergentes, que se interpenetran, interconectan, interrelacionan. Es decir, cada etapa del proceso civilizatorio permite ver la manera en la que las realidades locales se activan procesos no visibles pero actuantes, cómo reacciona el orden tradicional, ajustando y ajustándose a las nuevas circunstancias, y cómo se despliega un nuevo orden social.

Desde esta perspectiva, se puede ver que a lo largo del proceso civilizatorio de larga duración, las sociedades locales han ido transitando en conformarse como entornos borrosos (Kosko, 1995), en momentos en que distintas lógicas del mundo llegan a ellas, y en momentos en que han ido emergiendo nuevas formas de agrupamientos sociales (Fernández Christlieb, 1999), en que la vida social se ha mediatizado a través de instituciones especializadas y profesionales para la producción, distribución y consumo de bienes y formas simbólicas, mismas que han dado las pautas y tendencias para conformar mundos cognitivos comunes, y las nuevas formas de estar juntos (Lull, 2001; González, 2001; Martín Barbero, 2001).

Y lo que vivimos en la actualidad no puede entenderse cabalmente sin el proceso irreversible (Prigogine, 1998), que el mundo y las culturas locales han desarrollado y las maneras en las que han reaccionado a esos procesos. La visión histórica es importante, necesaria, así como la comprensión de la forma en la que las sociedades entraron a un proceso que implicaba dimensiones culturales varias (Maffesoli, 2002).

Es por ello que nos interesa revisar cómo, en una cultura local –en este caso la ciudad de León, Guanajuato, México–, vivió un proceso donde el impulso de un nuevo aliento civilizatorio, previo a la aparición de la globalización, vivió tales procesos de transformación por la presencia de un medio masivo de comunicación: el cine, y la manera en la que algunos de sus habitantes recuerdan esos momentos; la forma en la que ellos eran el epicentro de un mundo social previamente configurado y cómo, al entrar en ese nuevo ojo del huracán, el mundo local se desplegaba en nuevas direcciones.

La base de las reflexiones son las memorias de algunos sujetos sociales que conformaban un grupo social particular, y las representaciones sociales que emergen de sus recuerdos no sólo hablan de la distancia del presente con el pasado, sino la manera en la que el mundo local estaba organizado, tanto en sus subjetividades como en la vida cotidiana; cómo una serie de elementos configuradores del pasado se daban cita y reaccionaban, y cómo el mundo nuevo llegaba y a partir de las dinámicas propias de ambas tensiones se desplegó y ha llegado a ser parte de la vida ordinaria y común en la ciudad de León. El objeto donde se concentran y a las que se dirigen las reflexiones es el cine, pero el marco que posibilita todo lo anterior es la misma ciudad de León.

La exposición de nuestro trabajo se desarrolla a través de dos apartados. En el primero, señalamos que la intensidad de las transformaciones en el mundo, en el país y en la ciudad de León, se pueden observar a partir de la década de los setenta del siglo XX, y que el lugar donde se

puede observar ello es en la manera como las mismas ciudades cambiaron. A partir de ello, se esboza un breve contexto de la ciudad de León a partir de esos momentos, y se explora la manera en la que algunos de sus habitantes recuerdan tanto la época, cómo era la ciudad y la manera en la que se transformó. En el segundo, se abordan aquellos elementos que transformarán la vida social y cultural de la ciudad de León a partir del siglo XX y que propiciará una manera particular de concebir a la modernidad que llegaba entonces. Se considera que, en mucho, los cambios fueron a través de tres ofertas culturales que propiciarán lentos pero crecientes cambios en la vida de los leoneses: las del consumo, las de los medios de comunicación y las de la diversión. Particularmente se aborda, para concluir, el caso del cine en la ciudad de León, tomando como eje de exposición la experiencia de algunos de sus habitantes.

Entornos y circunstancias

Durante el tránsito de la década de los cincuenta a la de los sesenta y principios de los setenta del siglo XX, algo sucedió que ha sido visto como un momento importante a nivel mundial, porque las tensiones entre la continuidad y el cambio se volvieron a encontrar en una tensión y reacción: fueron las travesías y las improntas del fin de siglo, de la entrada al tercer milenio. Distintos autores manifiestan que durante esas décadas algo ocurrió en el sistema mundo que permitió el fin de algo y el inicio de otra cosa. Por ejemplo, Roland Robertson (1998), lo verá como el fin de la fase de la lucha por la hegemonía, y el inicio de la fase de incertidumbre. Por su parte, Robert Fossaert (1994), expresará que en los años que van de 1945 a 1950, se comenzó a dar un nuevo sistema mundial capitalista que se extendió hasta la década de 1990, época en que algunos historiadores consideraron que el fin del siglo XX se había anticipado (Hobsbawm, 2000).

Esto también tiene algunas implicaciones para la vida nacional, pues fueron los momentos de fuertes cambios estructurales en México, durante los cuales, una de las manifestaciones más evidentes fue el paso de ser una sociedad eminentemente agrícola a una sociedad urbana, además de que el peso y presencia de la provincia comenzó a alterar algunas de las dinámicas y perfiles tradicionales en el país. Por ejemplo, el historiador Enrique Semo sintetiza –en mucho– la época que se vivió en las décadas de los cincuenta y los sesenta, momentos en que se dio el paso hacia el "milagro mexicano", y a mediados de los años setenta se vuelve a encontrar que el "milagro mexicano" fue otro mito y habría que despertar a una

nueva realidad. Ojo del huracán: momentos de tensiones, movimientos y reacciones. Y un lugar donde se tendrá un lugar para observarlas serán las ciudades, puesto que fueron el "producto más palmario de los sesentas", "el microscopio de la historia moderna", ya que

> en ellas se agolpan los sucesos, se amontonan los resentimientos, se entretejen, estallan y plasman, en una espiral interminable de contradicciones. Aquí la historia se hace nudo de lugares y tiempos diversos (Semo, 1990: 15).

La ciudad es, entonces, un espacio propicio para enmarcar lo que sucedió en un periodo histórico y los trazos necesarios para comprender las configuraciones del presente. En la ciudad, la mayoría de la población en el mundo se organizó de acuerdo a las dinámicas, entornos y normas de la vida urbana, y esto ha sido el modo en que el capitalismo ha podido tener una fuerte presencia dentro de la organización de la vida social, básica, necesaria para su continuidad y crecimiento; en el caso de América Latina, el impulso urbano e industrial ha sido el sino y la apuesta para el progreso, cosa que sucedió desde la década de los treinta del siglo XX, cuando se comenzaron a importar patrones, modelos y lógicas que provenían del exterior, dando forma a una "modernidad latinoamericana" (Reguillo, 2002; Hopenhayn, 1994; Brunner, 1992). En ese punto, las ciudades no pueden pensarse sin dos procesos necesarios: el consumo y la producción capitalista, ejes, impulsos y márgenes de los nuevos órdenes sociales que sustentan, apoyan, promueven y defienden. Así como los sistemas mundiales alteran una cuadrícula que va de lo mundial a lo nacional, alterando las sociedades, y de las identidades a lo humano, alterando las identidades personales y sociales (Robertson, 1992: 27), los cambios en el orden mundial y nacional alteran una serie de elementos básicos en las ciudades: los entornos espaciales y temporales que se viven histórica y cotidianamente, las subjetividades, sus dinámicas, ritmos y percepciones del mundo, de su entorno y de sí mismos (Galindo, 1987: 2).

Hay un elemento importante como punto de partida: el reconocimiento de que la ciudad no se limita a una sola racionalidad que la defina como única o exclusiva, que tanto excluya el diario hacer y quehacer de sus habitantes, como las memorias históricas y sociales con las cuales se ha cargado a lo largo del tiempo (Giménez, 1996), ni las relaciones y espacios de comunicación y socialización (Reguillo, 1992). Si bien con la desmesura que han adquirido varias ciudades en el mundo se comienza a replantear las maneras de entender a las ciudades que viven alrededor de procesos complejos de migraciones, procesos de desterritorializa-

ción, espacios de consumo especializados y espectaculares, procesos multiculturales, avenidas que cruzan y se llenan de vehículos, además de la llegada de las tecnologías de información que posibilitan poblar y generar flujos de relaciones e interacciones donde se desplaza el estar y usar los espacios sociales por los de moverse y fluir en ellos. Pero en todo ello hay un proceso histórico de conformación de esos mundos urbanos contemporáneos, desiguales y específicos.

Por otro lado, la ciudad no ha sido una a lo largo del tiempo, sino que se ha transformado, principalmente las ciudades mayores en el presente y a lo largo de la historia. En ello es el paso de la ciudad que ha perdido su "centro" organizador y cohesionador que desde sus inicios había tenido y ejercido, como espacio de encuentro, organización de las identidades y memorias, principal mercado simbólico, económico y político, para dar paso, por su crecimiento, transformación y emergencia de elementos nuevos, a otras formas de ser, hacer y representarla (Ruper de Ventós, 1976: 81). También habría que hacer la reconsideración sobre intentar deslindar lo que es la ciudad de lo urbano, para con ello comenzar a pensar lo que ha sido tanto el paso de una ciudad que era habitada mediante la experiencia y su uso, su apropiación y expropiación como espacio de encuentro y socialidad, a la ciudad que lentamente se fue mediatizando, convirtiendo en movimiento, fluir y circular, como la manera en que se pueda entender su cada vez más cercana vinculación con los procesos globales y mundiales (Martín-Barbero, 2001). La perspectiva ahí es verla desde sus dimensiones socioculturales y comunicacionales (Reguillo, 2000), para ver tanto la manera en la que se construía una ciudad que estaba confeccionada para el control y organización de las relaciones sociales, como de su circulación y flujo, que se fue incrementando a través de los nuevos diseños arquitectónicos que implicó los nuevos medios de transporte, de comunicación y los nuevos equipamientos culturales urbanos de la ciudad (Ortiz, 2000).

A mediados de la década de los años setenta del siglo XX, fue el momento de un cambio estructural urbano en algunas ciudades del país, que en algunos casos, como el de la ciudad de León, fue el producto de llevar al límite una serie de procesos varios que terminaron de colocarla en el proceso de convertirse de una ciudad mediana en una ciudad grande, con presencia diversa en el país y con un equipamiento urbano, económico, así como con una diversidad social y cultural que rebasaron lo que había sucedido en su interior a lo largo de toda su historia (Unikel, 1978). En ese sentido, si bien antes de la década de los cincuenta, predominaba la centralidad de la ciudad histórica, es en ella cuando comienzan a darse los pasos para la emergencia de una ciudad industrial, de una ciudad

mediada,[1] y para fines de la década de los setenta, los pasos hacia una ciudad internacional estaban dándose y esperaban a la ciudad informacional, que llegaría en los noventa. Asimismo, en ese periodo, de los cincuenta a los setenta, es cuando la ciudad comienza no sólo un proceso de expansión demográfica y urbana que en los ochentas haría crisis porque los procesos de *des-especialización*, *des-centramiento* y *des-urbanización* habían comenzado en la época señalada y se carecía de la infraestructura humana y organizacional para dar cuenta de ella.

De esta manera, tenemos que esta década fue importante porque no sólo la ciudad de León entró en un proceso de cambio, que implicó introducirse en un nuevo ojo del huracán entre las tendencias hacia el pasado y las tendencias hacia un presente que llegaba del exterior y se instalaban, obligando a reaccionar y a responder a esa tensión. Implicó un proceso de transformación, reorganización, de aprendizaje acelerado, de nuevos equipamientos, y nuevos actores que portaban nuevas subjetividades y donde se comienza a observar algo que era más difícil verlo en su pasado: la diversidad. En ese sentido, la historia de la ciudad es parte de esas tensiones, algunas muy lejanas en el tiempo, que le fueron dando no sólo su fisonomía, su configuración y su perfil, sino su identidad y mentalidad. La historia de la ciudad bien puede verse a partir de esa dinámica: la manera como se configuró, respondía ante lo que tenía y lo que se le oponía, el equipamiento urbano y las mentalidades que de ello se daban. Y esto tiene una fuerza importante en la manera en la que se generó una vida social, y la actitud y uso que le daban a la ciudad, y a los medios de comunicación, particularmente, al cine.

La década de los setenta fue un punto de quiebra para la ciudad de León: dejó de ser una ciudad media para convertirse en una de las ciudades de mayores magnitudes y presencia diversa en el país (Salazar, 1984). Lo primero que sobresale es el crecimiento poblacional y urbano que se disparó de una manera tal que propició una tensión entre ambos: ante una enorme y creciente población, la capacidad urbana se vio rebasada en su capacidad de otorgar viviendas y los servicios que se requerían. Sin embargo, ello no era nuevo. A finales de los setenta, Marco Antonio Michel revisaba el caso de las ciudades del Bajío y hacía evidente cómo la ciudad de León fue la que tuvo el crecimiento poblacional de la mayoría de las ciudades de los estados de Michoacán, Querétaro, Guanajuato y Jalisco.[2] También, durante la década de los setenta, la ciudad de León tuvo una de las tasas de crecimiento poblacional más alto de la mayoría de las ciudades del Bajío (Michel, 1978: 68). De acuerdo con los censos poblacionales, la ciudad de León tuvo el siguiente crecimiento desde la década de los treintas a los setentas:

CUADRO I
POBLACIÓN Y DENSIDAD URBANA EN LÉON (DE 1930 A 1970)

Década	Habitantes	Hombres	Mujeres	Tasa	Densidad
1930	99, 457	46,767	52, 690	0.38	185.9
1940	103, 305	50, 059	53, 246	4.33	193.1
1950	157, 343	76, 343	80,840	5.17	295.1
1960	260, 633	128, 796	131, 837	4.86	488.7
1970	420, 150	210, 402	209, 748	4.55	355.1

Fuente: IMPLAN, 1997, Labarthe, 1977.

Momentos antes del despegue, la década de los años setenta mostró que la población en cuarenta años creció más de cuatro veces, principalmente a partir de la década de los sesenta. Para esta época la población tenía una serie de características importantes: era una población eminentemente urbana,[3] una población joven,[4] y, en mucho, era una población que se nutría de oleadas constantes de inmigrantes.[5]

El otro punto a destacar es la densidad poblacional, que era muy alta, y pareciera que en la década de los setenta decreciera. Pero ello está en relación con las áreas territoriales que eran ocupadas para asentamientos urbanos, pues esto también modificó sustancialmente el perfil y la dinámica urbana. Es ahí donde se puede comenzar a ver lo desnivelado de la capacidad urbana y la densidad de población que la ocupaba, pues la década de los setenta fue el crecimiento expansivo y acelerado de la mancha urbana que se hizo muy evidente en la siguiente década, provocando una serie de crisis que se habrían de encarar y comenzar a superar, algunas, en los noventa. Es por ello que se considera que los años que van de 1940 a 1970 como una etapa de crecimiento acelerado en la ciudad y que tuvo un correlato en el crecimiento de la industria, e impactos en las actividades productivas de la población. Sin embargo, es la misma época en que el municipio de León tiene que comenzar a encarar la insuficiencia de un equipamiento urbano que, desde entonces, se verá como permanentemente limitado, incluso en los servicios básicos.

Ese periodo fue el momento durante el cual la estructura de la ciudad se alteró de manera radical, pues la ciudad comenzó a extenderse y a perder la centralidad que su plaza principal tuvo por siglos. En esos momentos, dicha plaza se convirtió en zona peatonal, al cerrar la circulación de los autos para activar su vida comercial; con ello, la vida comer-

cial e industrial se trasladó a distintas zonas de la ciudad, gracias a la infraestructura urbana de los años setenta, derivada de la creación de nuevas zonas residenciales y populares; así, la misma ciudad hubo de iniciar la construcción de avenidas y nuevos equipamientos urbanos. Con la expansión de la ciudad, ésta no sólo comenzó a perder su fisonomía de tranquilidad, unidad y estabilidad, sino que empezó a tornarse visible lo que le era propio desde tiempo atrás: la conformación social de sus entornos urbanos, la aceleración y dispersión de su vida social por la ampliación y comienzos de una diversificación urbana y social.

Son los momentos de radicales transformaciones de la vida urbana, de renovaciones en la actitud y las mentalidades de los leoneses que impulsaron ese desarrollo, mentalidad ligada a un pasado muy lejano y a un grupo social específico. La vida urbana estaba en crecimiento y en una permanente remodelación de sus espacios. No sólo por el surgimiento de una gran cantidad de zonas habitacionales de diverso tipo y calidad, que con el tiempo se harán cada vez más particulares y con diseños variados que se fueron localizando en distintos puntos de la ciudad, sino por la dinámica que empieza a darse y que caracterizará el crecimiento de la ciudad para las siguientes décadas: avenidas que integran a la población con diversos puntos de la ciudad para realizar o consumir diferentes servicios (comercio, educación, trabajo, salud, alimentación, etcétera), la proliferación de centros y áreas comerciales de diversos tipos y tamaños que en muchos puntos de la ciudad se convirtieron en los dinamizadores de ofertas y demanda de servicios, productos, que tanto posibilitaban a muchos habitantes a generar nuevas fuentes de ingresos, como parte configuradora de rutinas, hábitos, escenarios cotidianos, etcétera.

Miradas a la ciudad
(Re) poblar el mundo

La mirada sobre la manera como en el presente ven la ciudad algunos de sus habitantes implica varias cosas. Cuando un mundo entra en procesos de aceleración, lo que sucede es que se inicia en una fase posible de desintegración, donde lo que se pone en juego es una tensión entre lo que se ha sido y lo que llega del exterior. El diseño estructural que ha sido conformado es lo que se pone en acción y mucho depende de él lo que sucederá en los procesos de desintegración, lo que se conservará, lo que se modificará, lo que emergerá (De Kerchkove, 1999). Cuando lo observamos en las subjetividades, lo que vemos es un juego de tensiones que busca alterar el centro de la conformación de la identidad social e indivi-

dual de los sujetos, y la manera como éste reacciona, se reorganiza y se modifica para conservar aquello que ha sido la base, el núcleo desde donde conformó una autoimagen, una identidad social, y una serie de sentidos tanto para moverse, orientarse y actuar, así como para explicarse el mundo y sus transformaciones. Lo que se encuentra en el fondo son algunos de los rasgos estructurales del centro de las subjetividades históricas y sociales que reaccionan ante las alteraciones. Así, lo que se expresa del presente es la ampliación de los límites de las experiencias que han transitado, se han modificado y han puesto en aceleración parte importante de sus subjetividades, donde a la par que se puede observar la emergencia de zonas borrosas donde se juega la redefinición de múltiples sentidos, son los marcos posibles que, al mismo tiempo que abren, condensan gran parte de sus experiencias pasadas.

Cuando los hombres y mujeres hablan de la manera en la que ven a la ciudad de León en el presente, todos coinciden: algo ha pasado que ha transformado el entorno y las maneras en las que se vivía anteriormente, cuando eran jóvenes, pues en la mayoría de los casos, la referencia personal es inevitable. Si bien, al hablar de su pasado, sienten que algo cambiaba, éstos se referían a algunos elementos, factores y niveles de la vida local, mientras que ahora ven que los cambios se han generalizado y son parte de la vida global de la ciudad. Sin embargo, los cambios son vistos no como concluidos, sino que están todavía en un proceso. De ahí las amenazas, los riesgos, las incertidumbres.

Veamos el caso de cómo algunos de los hombres ven a la ciudad en estos momentos.

En la mayoría de los varones, la visión de la crisis se debe a factores externos, principalmente económicos, que llegan y ponen en dificultad las maneras en las que la ciudad se ha conducido. Es una crisis de la autoridad, la cual es conservadora y es propia de un tipo de autoridad de tintes lejanos en la historia de la ciudad, de algunos de sus elementos que han sido propios de su forma social, y que se manifiestan más en una ideología, en una mentalidad, que en la misma forma como se ha materializado la ciudad. Más bien, el crecimiento y la apertura que se da en la ciudad la hacen más evidentes. Así, la primera visión que emerge de los hombres es que la ciudad está en crisis por su desarrollo, que gira alrededor de una tensión al ser evidente un impresionante crecimiento material que se ve confrontado a una mentalidad tradicional. La visión de la ciudad, entonces, no sólo se refiere a una crisis de crecimiento material, sino a una crisis ante la apertura en la mentalidad, por ello se puede vislumbrar la visión de una ciudad controlada y centrada en la autoridad y anuencia de un grupo específico: una ciudad clasista y elitista. Sin

decirlo, el grupo de control se remite a entornos sociales más amplios, a familias y redes de familias.

Además de la mentalidad conservadora, tradicional, limitada, el predominio de un tipo de mentalidad empresarial, que aplica con sus lógicas a una organización de la vida social, y que en los tiempos que corren, de acuerdo con la visión de esta persona, "dan bandazos" ante las contradicciones que han generado por su visión cerrada, su ignorancia y su negativa de formar gente "pensante", y la necesidad de "profesionalizarse" de acuerdo a los nuevos estándares y contextos mundiales. Al mundo que se ha creado a través y alrededor de los empresarios, se agrega otro tipo de autoridad que se ha dado en la ciudad, en una cercana vinculación entre ambos, que no sólo habla de una conducción "conservadora" que, a su manera de ver, está en proceso de erosión. Se refiere a la religión católica, que ha sido históricamente el otro espacio de conformación, control y conducción de la ciudad y de la mentalidad de los leoneses.

La visión de la ciudad, en la actualidad, tiene otros caminos de sentido para las mujeres. Para ellas, el fenómeno del cambio es inminente y un hecho. La manera en la que la ven será a partir de un mundo que se vuelve a repoblar con personas, instituciones y ofertas distintas, donde los entornos se han transformado y las posibilidades se amplían, y en ese mundo que se refunda, aparecen ellas como protagonistas y actores importantes en la trama pública y privada. Pero, también, aparece una serie de riesgos y de peligros que antes no existían o se vivían con menor intensidad y que ellas perciben. La visión está cargada de una tensión que se da, en parte, a partir de los beneficios de lo que se obtienen al crecer la ciudad, y también por lo que se pierde al hacerlo: conforme se equipa, se hace grande y se pueden obtener muchas cosas que antes no había; la ciudad se torna inasible y lejana, el recuerdo de la ciudad pequeña retorna como un elemento melancólico que habla de ausencias, las cuales se refieren a un grupo social que se ha alejado, disuelto, lo mismo que el sentido y el sentimiento de pertenencia. Hay cambios por todas partes, que nos ponen en la pista de otra de las tendencias estructurales de la ciudad de los últimos siglos: una tendencia no sólo al crecimiento, sino a recibir a una serie de personas que llegan en distintos momentos y de diferentes lugares a poblar a la ciudad, un impulso de reaccionar, de equiparse como ciudad.

El resultado, pese a la continuidad de algunos grupos de mujeres tradicionales, será la apertura, la inquietud y la búsqueda de una vida "cosmopolita", así como la conformación de mayores grupos, redes sociales que están presentes en la ciudad y que se vinculan por diferentes motivos y circunstancias, de acuerdo a redes e identidades históricas tradiciona-

les, pero también de acuerdo a las nuevas agrupaciones identitarias que se han gestado (Reguillo, 2000). No obstante, la mentalidad tradicional no deja de percibirse, pese a que se ve la presencia de más dinero y de formas de vida cosmopolita. Asimismo, se pone el énfasis sobre una ciudad que se ha hecho "más divertida". Esta visión destaca que lo nuevo, la apertura, se da tanto por un nuevo equipamiento de la ciudad de espacios urbanos donde la gente, los jóvenes en particular, tienen más cosas que hacer, como por el tipo de personas con las que se pueden hacer otras cosas. La ciudad es vista por uno de sus perfiles más recientes: la sociedad espectáculo, la sociedad de consumo.

En las visiones sobre la ciudad se asoman elementos del pasado que entran en crisis, reacomodos, rasgos de la vida material y subjetiva, actores e instituciones sociales varias, agrupaciones, redes sociales, por lo cual es imposible hablar de la ciudad sin crear nexos con el pasado, con su mentalidad, con tendencias generacionales donde jóvenes y mujeres entran en escena, factores externos que provocan cambios y reacciones, gente local que convive con gente foránea que se integra a la vida material y subjetiva de los locales, provocando, a su vez, nuevas modificaciones.

A lo largo de las memorias de los hombres y de las mujeres, aparece un todo social que va cobrando forma alrededor de tres grandes ejes: en primer lugar, de la vida social, es decir, de aquellos espacios en donde interactuaban y socializaban, donde se realizaban una serie de actividades en soledad o en compañía de algunas personas, y donde se compartía una serie de sentidos, de conocimientos, espacios que formaban parte de su vida histórica, cotidiana. Durante la infancia y adolescencia de los hombres y de las mujeres, la vida social estaba integrada y giraba alrededor de tres espacios sociales fundamentales: el espacio exterior y más amplio, es decir, el mundo urbano, el espacio cercano e íntimo, o sea, el mundo familiar, y el mundo que los conectaba con otros similares, pero también al mundo exterior y al cercano, es decir, los lugares donde ellos, por su edad, ubicación y posición social, se movían porque eran parte de una red social y porque eran propicios para su edad. En segundo lugar, el mundo moral e ideológico, principalmente debido a la religión católica, que mediante una serie de instituciones, actores, prácticas, discursos, acontecimientos y representaciones, se inculcaba y estaba presente en la vida personal y social. En tercer lugar, el mundo social de los hombres y de las mujeres estará cruzado y caracterizado por una serie de hechos que son parte de un movimiento que se siente y que propicia una serie de transformaciones tanto sociales como culturales y que se dejaban sentir como parte de un nuevo tipo de equipamiento urbano y tecnológico que

provenía del exterior y que era propio de un estilo de vida más cercano al *American way of life*, que se relacionaba con un mundo que se anunciaba en el cine, la televisión, la prensa, las revistas, y al cual muchos de los leoneses aspiraban, o comenzaba la inquietud, la atracción de un día por llegar, que propiciaba otros modelos de ser y sentir, así como una serie de alteraciones a la vida social y a la moral e ideología imperante.

Las transformaciones sociales y culturales propiciaron una dinámica a la vida social y a la moral e ideología de la ciudad: las pusieron en movimiento, en tensión, en situaciones varias de transformación. El mundo se puso en un tipo de movimiento.

Cuadro de costumbres

O la transición de las permanencias

Cuando hombres y mujeres se refieren a cómo era la ciudad de León en el pasado, hay una enorme coincidencia en todos. Hay una imagen primera que es el centro desde donde elaboran sus recuerdos e intentan dar cuenta de su experiencia. Las imágenes son limitadas y coincidentes: ciudad pequeña, ciudad típica, ciudad provinciana, pueblito típico, pueblito. En un primer momento, la imagen que resalta es doble: una ciudad pequeña y con muchos trazos que devienen del pasado, con lo cual se le otorga un límite y un perfil preliminar. Lo importante, entonces, serán los sentidos con los que tanto mujeres como hombres cargan las imágenes esbozadas y generan algunos escenarios sobre lo que han querido esbozar al expresar su imagen, y en ello hay, también, una enorme coincidencia, pues si bien unos destacan algo, se complementa con la visión del resto.

Una primera representación de la ciudad se refiere a la cantidad de la población, a las vialidades y al transporte urbano por medio del cual las personas se movilizaban por la urbe, y con ello se intenta otorgar una visión espacial y, por tanto, a los límites de la ciudad. Varios de los hombres y de las mujeres ponen un primer margen para concebir a la ciudad: la cantidad de personas que había, las cuales las calculaban entre 300 y 400 mil habitantes. Otro límite serán los territorios de lo que consideraban la mancha urbana y que eran los márgenes por donde la población se podía mover y ubicar en la ciudad: sus memorias hablan de un espacio asible para sus habitantes, en el sentido de poder moverse y ubicarse, sin la necesidad de un equipamiento individual del automóvil, por lo menos siendo él, y el resto de los hombres y de las mujeres que recuerdan, adolescentes y sin posibilidades económicas de comprar uno; con el paso del tiempo, el crecimiento de la ciudad y la ampliación de la experiencia de moverse a través de ella, les permiten reflexionar sobre lo relativo que

eran las distancias espaciales para moverse en la ciudad, así como lo pequeña que era. En el presente les lleva a pensar que las distancias en las que se movían "no ameritaban ni el camión", no sólo por la poca distancia que cubría a toda la urbe, sino por el punto de referencia desde donde la gente se movía, su casa, la cual estaba cercana de todo. El punto a destacar, es que aparecen algunos rasgos que les permiten, a los habitantes de la ciudad, tener una serie de representaciones espaciales sobre la misma que se constituían no sólo por los márgenes y límites territoriales, sino por la posibilidad de moverse y ubicarse en ella, que, andando el tiempo, cuando las piensan desde el presente, no dejan de tornarse relativas pues algo se ha movido: el centro de la ciudad, su dispersión, las nuevas movilidades y ubicaciones en ella. Es el caso de la creación de nuevas avenidas, zonas residenciales, que tanto implicaban ocupar un espacio deshabitado, como les daban la imagen de un impulso de crecimiento, de modernización.

Dentro de estos márgenes de representaciones sobre la ciudad de León, está la importancia de su centro, o la plaza principal. Además de que la mayoría de los recuerdos sobre la ciudad la mencionan como punto de referencia para todo tipo de actividades de sus habitantes, para algunos será otro de los elementos por los cuales consideran que la ciudad de su juventud era pequeña, tradicional, a la manera de un pueblito. El centro de la ciudad era el sello distintivo de una ciudad histórica, no sólo como el punto de partida y de llegada de la mayoría, sino como el punto de encuentro y de relación, así como de concentración de una serie de actividades importantes. Es por ello que el centro de la ciudad era también un mercado tanto económico como simbólico para la mayoría. Pero también, el centro tendrá otros sentidos importantes para la población: la posibilidad de estar presente no sólo en la ciudad, sino de tener un sentido de pertenencia a la misma ciudad, al sentirse parte de una comunidad social y afectiva, donde algunos grupos sociales continuamente repetían un ritual de encuentro, reconocimiento y reproducción, de ligas identitarias, posiciones sociales, afectividades, y sexuales. Con esto aparece la imagen de un espacio que no sólo es referente espacial, sino punto de encuentro y relación, así como también de distribución social, económica y simbólica, mecanismo que la ciudad creó y conservó por siglos, que cuando se comienza a perder el centro de la ciudad y aparecen otras ciudades en su interior, la misma ciudad cambiará, asimismo, sus referentes identitarios, relacionales, y la distribución clasista se ampliará.

Otra representación que se abre a partir de los recuerdos sobre la ciudad, son algunos de los trazos de la manera en la que recuerdan su cotidianeidad en los momentos en que eran adolescentes. Aquí el trazado

de los recuerdos se cubre de una serie de experiencias que corren en paralelo, en las que se pueden visualizar otros espacios que estarán en continuidad con los mundos familiares. Las rutinas son una manera de organizar la vida de los sujetos que no sólo les permite habitar en distintos momentos algunos espacios, sino que estos son diferentes para el caso de los hombres y las mujeres.

Uno de los hombres mayores con los que trabajamos recuerda sobre su vida cotidiana:

> En aquella época el colegio, la actividad escolar, era uno de los aspectos que llenaba prácticamente tu horario. Antes estudiaba, tanto en la mañana como en la tarde, era todo el día en los intervalos, sobre todo en la tarde, cuando había la oportunidad de salir a platicar con los amigos, tomarse un refresco, conocer personas, pues era la plena adolescencia, cuando empieza uno a conocer muchachas. Pues era ir al centro, todo íbamos al centro. El centro era el pasaje catedral, ya remodelado, porque yo todavía lo conocí, cuando no estaba abierto hasta la catedral, o sea, no se llamaba pasaje catedral (LEH1).

Es un breve apunte que condensa varias cosas. En primer lugar, aparece la presencia de la institución educativa. Desde la década de los años cuarenta se establece una serie de instituciones educativas, principalmente ligadas a diferentes órdenes religiosas, tanto para hombres como para mujeres, que fueron una opción, de manera especial para las clases medias y altas, ante las instituciones educativas tradicionales que introducen un sistema educativo con algunas diferencias significativas. Éstas ofrecían una emseñanza que iba desde el nivel preescolar hasta el medio superior, con una filosofía religiosa, con instalaciones que permitían albergar a una gran cantidad de estudiantes, con rutinas que abarcaban la mayor parte del día, mañana y tarde, y que introducían, como parte de la educación, la práctica del deporte. Es por ello que los recuerdos de este hombre sobre su cotidianeidad en su adolescencia pueden ser vistos como los recuerdos de una generación de leoneses que van a tener la posibilidad de obtener, dentro de su proceso de socialización, a la escuela tanto como una fase importante dentro de su trayectoria biográfica y social, como uno de los espacios claves y centrales que organizan y delimitan gran parte de su vida cotidiana. Otro punto importante será que forma parte de un grupo social que puede convivir, socializar y divertirse fuera del ámbito escolar y familiar. Punto importante es que traza uno de los horizontes de la juventud de ese momento: buscar mujeres, conocerlas. Finalmente, está la referencia de ir al centro de la ciudad: "todos íbamos al centro", donde se da la conexión de espacios urbanos: el mundo fami-

liar, el centro de la ciudad y, ahora, el mundo escolar; como lo dijimos anteriormente, para los jóvenes era una forma de socializar, de ser parte de una comunidad social, así como un mercado sexual y para la diversión.

En la experiencia de las mujeres, las cosas tienen otros perfiles. Si bien la escuela es un espacio importante para su socialización y parte de la vida cotidiana, el resto de los espacios y ritmos son vividos con algunas diferencias significativas. Una mujer sintetiza su experiencia de la siguiente manera:

> Hasta que estudiábamos era la escuela, y en las tardes, las tareas y tejer,;cosas femeninas, entre comillas. Mi mamá se la pasaba en las fiestas. En mi casa era un poco más diferente a lo más común de las señoras, porque las otras señoras se la pasaban haciendo comida, haciendo pasteles, bordando, tejiendo y con las hijas alrededor, hijas e hijos haciendo las tareas; el señor, trabajando; llegaba les daba el dinero, la señora hacía el mandado. Y en mi casa si había ciertos rasgos más *liberalones* (LEM6).

Pese a que esta mujer asume que su familia era más liberal porque era más permisiva con las mujeres, su visión resume lo que veía de otras familias y, al mismo tiempo, delimita los márgenes posibles dentro de los cuales su madre podía moverse como mujer, es decir, podía salir de la casa y estar con otras mujeres haciendo algo propio de su edad y condición. Varias mujeres no dejaban se señalar que su vida cotidiana era aburrida, y lo aburrido se refiere a las pocas opciones en la ciudad, particularmente para divertirse y para tener la posibilidad de un desarrollo personal, mientras que se vislumbran los espacios y actividades que considera que eran propios de las mujeres de esa época: visitar amigas, reunirse a realizar juegos de mesa o actividades que implican el paso de la soltería al matrimonio.

Otra representación que se abre a partir de la imagen de la ciudad pequeña, y se refiere a una tensión que se vivía y que observaban tanto hombres y mujeres, aunque lo vivían de manera distinta, describen un fenómeno común. Los hombres lo ven como el proceso de crecimiento, de desarrollo; las mujeres, como la carencia de oportunidades, y ambos son una condensación de las fuerzas del pasado más lejano con las que se comienzan a dar en esos momentos, vistos y reflexionados desde el presente.

Los hombres señalan el tamaño en que el crecimiento urbano es producto de un proceso de desarrollo lento del pasado, y que "no despertaba del letargo", es decir, la ciudad no terminaba de reaccionar y se mantenía en un estado de somnolencia histórica. Además del crecimiento, era la

ambición de una modernización de su traza y equipamiento urbano. Sin embargo, varios hombres verán que en esa etapa, "comienza también como una especie de crisis por la apertura de León" y la manera como reaccionó la ciudad fue a través de una actitud moralista y autoritaria ante todo aquello que representara la crisis, la amenaza de la apertura y, en mucho, la tensión se concentró en lo que realizaba, buscaba y quería la nueva juventud de los años sesenta. Lo que se abre no sólo es algo que llega a la ciudad como equipamiento de ofertas culturales, sino la noticia de un mundo que existe allá afuera, que es posible y deseable acceder a él. El mundo ronda a la ciudad y le muestra otras posibilidades, donde unos son seducidos y otros reaccionan con lo más típico y tradicional de su manera de ser, histórica y socialmente. Es por ello que aparece en este hombre una imagen a partir de las reflexiones anteriores:

> Yo vería a esta época como la época de construcción de un León sobre el León antiguo. Había como leones superpuestos, un León muy tradicional que yo creo que sigue existiendo incluso, aferrado a sus valores, por los valores en sí, en llegar a las diez de la noche a su casa y cosas por el estilo (LEH7).

Estas visiones nos hablan de que la ciudad de León no sólo ha crecido y se ha equipado, sino que a su tipo de ciudad, histórica, con la que llegó al siglo XX y que fue la principal durante varias décadas, comienza a sentirse que hay otra ciudad que, si bien llegó anteriormente, será hasta esta época, mediados y finales de los sesenta, cuando se torna una realidad: una ciudad mediada, con los primeros trazos de una ciudad internacional, cosmopolita, de consumo.

Por su parte, la mayoría de las mujeres ven a la ciudad no porque estaba en proceso de desarrollo, de crecimiento, ni en tensión entre una ciudad antigua y una nueva. La mirada de ellas se centra en algo que ya hemos observado: la carencia de oportunidades de desarrollo para ellas, que se complementa con el mundo cerrado de la vida familiar y moral religiosa. Es por ello que la mirada femenina sobre cómo eran las mujeres de antaño no ve que lo que sucede en esos momentos en la ciudad –su endurecimiento moral, su intolerancia–, sea necesariamente algo nuevo: ya era parte de sus vidas desde antes. Hay algunas movilidades sociales en las mujeres de su época que hacen que quienes llegan a ellas se consideren como "liberales" o "revolucionarias", pero los límites eran muy circunscritos. Las opciones no llegaban. La idea de la mujer tradicional se actualiza y adquiere nuevos límites para las mujeres de la clase media y alta: las que tienen la oportunidad, pueden emigrar e irse a otra ciudad a estudiar alguna carrera profesional; algunas que se quedan, pueden

estudiar alguna carrera muy premeditada: contabilidad o normal, y a partir de ahí podían aspirar a algunos puestos dentro de algunas instituciones, públicas o privadas, que llegan a la ciudad, como es el caso de los nuevos bancos y el Seguro Social. De ahí, el siguiente paso es regresar a lo que hicieron algunas de sus compañeras de la preparatoria: casarse. Es decir, esos nuevos límites eran una extensión de algo que era ya preestablecido y que tenía una continuidad obligada.

El delicado sonido del trueno

Todo indica que, a principios del siglo XX, un nuevo ambiente se percibía en la ciudad. Algo que ya se anunciaba, que se sentía en las últimas décadas del siglo XIX, era una realidad en el nuevo siglo: en esos momentos llegaron a la ciudad de León muchos inventos que comenzaron a dar otro panorama, otro ambiente y que, en palabras de algunas personas que vivieron esos momentos, parecía que la ciudad había despertado de un largo letargo. Sin embargo, también, los recuerdos de personas de esa época lo perciben como el fin de una época de romanticismo por la llegada de un frío materialismo, con el cual se ponía en movimiento la estructura de sentimiento de algunos leoneses que miraban desde ahí ese desdibujamiento del pasado. La llegada del nuevo mundo provocaba asombro y entusiasmo, pero simultáneamente causaba sospechas porque muchas cosas del pasado tradicional se veían amenazadas.

No obstante, la llegada de la modernidad, bajo el sueño del progreso, había llegado, y desde entonces se intentó darle un sentido de acuerdo al sentimiento de lo local, de lo propio de la ciudad. La reacción fue una apropiación sobre lo que debía entenderse por progreso, y uno de los sentidos que cobró fue aquello que favorece la trayectoria industrial y comercial de la ciudad. En los distintos periódicos de la ciudad se pueden encontrar notas periodísticas, editoriales y artículos en las tres primeras décadas del siglo XX, que hablaban de la necesidad de llevar a la ciudad al progreso, y los modelos que se presentaban era lo que sucedía en algunas ciudades fuera del país, en lo concerniente a la prosperidad económica que mostraban: el acento se ponía en la manera en la que se organizaban para ello. Pero también se consideraba que el progreso material no lo era todo, sino que tenía que darse un progreso moral de las personas. La idea del progreso en las décadas de los años cincuenta y sesenta se retomarían; el énfasis se refería tanto al ámbito económico –por el impulso y crecimiento, renovación de la industria–, como al urbano, por el acelerado crecimiento que se daba en esos momentos, cuando los límites

de la ciudad se extendían y llegaban a ella nuevos modelos habitacionales. Además del dejo moral que había en la visión sobre la modernidad que llegaba, también se puede ver el clasista: la forma de vida que estableció un determinado grupo social.

Un periodo que puso en tensión tales fuerzas en la ciudad se dio a finales de la década de los cincuenta. El ideal del progreso que inspiraba y se sentía en el ambiente: la ciudad crecía, se renovaba en su industria, en su lógica y sistemas de administración y operación, preparaba a personas que estuvieran al servicio de las recientes necesidades, se abrían nuevas avenidas, aparecían nuevas y modernas zonas residenciales. Lo peculiar es que en estos momentos, y a diferencia de los anteriores, el modelo para el desarrollo era Estados Unidos, con lo cual se comenzaban a ver los efectos de las generaciones de esa época: una sociedad que simpatizaba con el patrón y estilo de vida norteamericano, lo cual le daba otro tono de ser moderno. Esta última situación le da una diferencia importante respecto a la etapa mencionada con anterioridad, no sólo por la aceptación del modelo que proviene de Estados Unidos, sino la apertura ante ciertos fenómenos.

Frente al hecho de que se siente que, por fin, se puede tocar con el dedo el cielo del mundo moderno, al mejorar y crecer la industria, la ciudad realizó una serie de acciones que dieran esa imagen, lo cual significaba, otra vez, eliminar aquello que lo podía obstaculizar. La prensa señalaba una serie de problemas en la ciudad por superar: escasez de agua, dificultades en la educación, con la delincuencia (principalmente juvenil); también había una serie de modificaciones a realizar, como quitar la parada de autobuses foráneos de la plaza principal y construir una central camionera; la necesidad de un aeropuerto más vanguardista; así como lo que vino a definir el rumbo moderno de la ciudad: la creación de una zona industrial, modernos fraccionamientos, que permitieron la movilización de las familias ricas para salir del centro de la ciudad y la visualización de una nueva clase media leonesa. En un tono marcadamente anticomunista, y pro católico, la prensa en León daba cuenta de una serie de tiendas que aparecían, la llegada de instalaciones del Instituto Mexicano del Seguro Social, fraccionamientos, los fines de semana de los leoneses en los clubes deportivos y familiares. Los jóvenes participaban en las convivencias de grupos juveniles, para lo cual se organizaban tardeadas en el Hotel México o en el Casino de León, y a las mujeres se les veía en los desfiles de modas que organizaban los clubes sociales y recreativos, en reuniones dentro de los mismos o en congregaciones de mujeres católicas que buscaban formar "un dique" ante la corrupción a la moral que sentían que amenazaba en esos tiempos. Por el mismo espíritu

de esa forma de entender y vivir la modernidad, había que terminar con aquello que la detenía o manchaba: lo inmoral. En primer lugar, se referían al mundo juvenil, denominándolo como "los rebeldes sin causa", al que veían como una prueba de la desintegración moral, causante de problemas sociales y morales, que se asociaban, naturalmente, con algunas de las aficiones de los jóvenes del momento: el cine, el baile, la música.

Sin embargo, las nuevas maneras de entender al mundo actual ya habían cambiado parcialmente, pues una buena parte de su manifestación se había establecido en la ciudad, y comenzaba a ser una fracción de su ambiente, de sus escenarios y de sus dinámicas cotidianas. Un factor muy importante para ese cambio que se dio en la concepción de la modernidad fueron las ofertas que hubo en la ciudad para el consumo, para el abastecimiento de una serie de objetos y artículos para el hogar y la vida diaria. Si bien la ciudad, hasta el siglo XIX, lo hacía a través de los mercados, de tiendas de artículos, pero principalmente a través de algunos negocios de importación donde llegaban productos de Europa, al iniciar el siglo XX, comenzaron a establecerse una serie de almacenes cuyos propietarios eran personas que predominaron y estuvieron presentes hasta la década de los años sesenta y setenta en León; éste fue el caso de las "Fábricas de Francia" y los "Almacenes Sevilla", donde se podían conseguir artículos varios como ropa, muebles, comestibles, artículos de belleza para mujeres, etcétera; la gente podía tanto enterarse de lo que predominaba en España, Francia, Inglaterra, la moda, lo actual, cómo adquirirlos para estar a tono de los tiempos. Pero también era parte de la vida social de familias y grupos de leoneses que iban a pasearse, a verse, a pasar el tiempo, y a cumplir con algunos de los ritos familiares para el abastecimiento de productos para el consumo del hogar cada semana. Eran los lugares donde se podían comprar fonógrafos, focos, discos para oír música, cámaras fotográficas, papelería, relojes, aparatos para escuchar radio, más adelante televisiones. Se podía adquirir también la ropa de moda (para hombres y mujeres), artículos de tocador que, se decía, era lo que las mujeres usaban en Francia: perfumes, lápices labiales, cremas, lociones, etcétera. Para la década de los cincuenta, aparecieron otras tiendas con similares características, pero procedentes de Estados Unidos: Woolworth y Sears. Esto era parte de una tendencia que se iría realizando a partir de entonces, junto con el fenómeno de las tiendas de autoservicio, departamentales que comenzaban a aparecer, y que no sólo implicaba la ampliación de ofertas para el consumo, sino que se traía otra forma de vida a través de los diferentes artículos que ahí se vendían.

De hecho, la vida a través del consumo fue creciendo sensiblemente a lo largo del siglo XX, hasta convertirse en la actualidad en uno de sus

rasgos característicos, y en una de las más importantes actividades económicas de la ciudad, por medio de la cual, los estilos de vida crecieron y se fueron diversificando, cada vez más parecidos a los estándares cambiantes del estilo etadounidense. Una manera de darnos cuenta de ello, es a través de los resultados de la investigación "La Formación de las Ofertas Culturales y sus Públicos" (FOCyP) (González, 1994), en la ciudad de León (Gómez Vargas, 2001), que se pueden ver a partir del siguiente cuadro:

CUADRO II
OFERTAS PARA EL ABASTO O CONSUMO EN LEÓN DURANTE EL SIGLO XX

Período	Agencias	Centros Comerciales	Mercados	Embotelladoras	Tiendas
1900-1910	12	0	4	0	0
1930-1940	3	0	3	0	0
1950-1960	12	2	9	4	10
1970-1980	13	7	10	5	13
1990-1995	2	2	2	0	3

Fuente: Gómez Vargas, 2001

Este cuadro nos confirma algo que ya hemos comentado: gran parte del consumo en la ciudad se realizaba en los mercados populares, mientras que, a partir de la década de los cincuenta, y sobre todo a fines de los sesenta, aparece una serie de nuevas ofertas para el consumo que se irán generalizando. Desde entonces, los centros comerciales y las tiendas de autoservicio han estado presentes, siendo parte de las principales ofertas para el consumo en la actualidad.

Otra vía en la que llegaba la forma de vida de la modernidad en el siglo XX era a través de los medios de comunicación. El medio de comunicación más lejano que hubo en la ciudad fue la imprenta y la prensa; la primera, como hemos visto, tenía una función eminentemente religiosa, mientras que la segunda, además de que era esporádica, con poca consistencia, se dedicaba a llevar a sus páginas parte de lo que se comentaba y se decía en la plaza principal y en algunas instituciones públicas particulares, así como de incorporar fragmentos de noticias de periódicos foráneos, o comentarios sobre ellas. Más adelante, principalmente en el siglo XX, en las primeras décadas, comenzaron a aparecer noticias locales y regionales, que se cubrían a través de algunos reporteros, o por los mismos editores que hacían la función de reporteros, empleando el servi-

cio telefónico para noticias regionales. Será hasta la llegada de *El Sol de León*, en 1946, cuando el periodismo se moderniza. No sólo por la lenta incorporación de imágenes fotográficas, el empleo de agencias de noticias, sino por la distribución de la información a través de distintos apartados: el mundo comenzó a aparecer y secciones como la de espectáculos, sociales, deportes, tuvieron más atención que antes; las personas jóvenes, las mujeres, tuvieron secciones especializadas sobre el mundo que se confeccionaba. Otro elemento más fue el impulso de la publicidad, que se venía realizando en la prensa desde fines del siglo XIX, donde se podía encontrar información sobre diversos productos y artículos, proponiendo no sólo quién podía emplearlos, sino para qué, así como la propuesta para adquirir y conservar un estilo de vida particular.

Otro medio de comunicación importante que apareció fue la radio. Desde 1930 se tenían noticias de abrir la primera estación de radio en la ciudad; sin embargo, esto comenzó hasta 1934, de una manera irregular, pues las estaciones que aparecieron en esa época desaparecían o sobrevivían a duras penas. La gente escuchaba la radio desde los años veinte, principalmente en estaciones que llegaban de distintos países o de algunas ciudades del país. En 1941 apareció la primera estación de radio que trabajó de manera continua y sobrevive hasta la fecha. Esa estación de radio pudo subsistir porque introdujo una serie de estrategias que se lo permitieron: a diferencia de las anteriores, estableció un vínculo cercano con la publicidad, adoptó una programación continua a lo largo del día, donde intentaba ajustar el tipo de programas, y de música, a las rutinas que se sucedían en la vida cotidiana: se combinaban programas locales varios, así como otros que se retransmitían de la estación XEW de la ciudad de México y en los que se presentaban artistas nacionales que eran los más atractivos; igualmente se transmitía música de diversos tipos, géneros y gustos, con lo cual se hacía evidente el cambio de la afición musical popular, un acercamiento a la música nacional popular que se impulsaba a través de la industria mexicana del disco así como la industria discográfica estadounidense. La radio, desde sus inicios, posibilitó que la ciudad se hiciera presente en los hogares de quienes tenían aparatos de radio: transmisiones que se realizaban por algunos acontecimientos importantes para la ciudad (peregrinaciones, inauguraciones de establecimientos comerciales, ceremonias cívicas y particulares, concursos como los del día de la madre, los de aficionados, etcétera); la publicidad transmitía tanto lo que era lo más popular en la capital del país, como lo que llegaba y se vendía en la ciudad.

En la década de los sesenta llegó la televisión a León, pero esto no propició un declive de la radio. Por un lado, porque el equipamiento de

aparatos para ver televisión todavía no era generalizado, y además porque la radio se modificó, pues comenzó a dejar de presentar programas en vivo para dedicarse a transmitir únicamente música y cortos comerciales; y la que se transmitía solía ser tanto la mexicana, que se había consolidado a lo largo de la década de los cincuenta, como la internacional, que desde los años cincuenta, y principalmente en los sesenta, llegaba de Estados Unidos: el rock. Se trataba de un espacio, junto con algunas tiendas de discos, donde los jóvenes accedían no sólo a las novedades, a las historias de los músicos y el ambiente en que vivían, sino a los estilos de vida que esto propiciaba, que también se complementaba con las revistas que llegaban de la ciudad de México, y más adelante, a través de la televisión. En los sesenta se podía escuchar la música moderna, un relevo de lo que en otros tiempos era considerada de esa manera música como el fox trot, el charlestón, la música de bandas.

Finalmente, había otra vía para acceder a la modernidad que llegaba a la ciudad: las diversiones públicas. Mundo que se daba en el pasado a través de una serie de procedimientos y calendarios rituales e institucionales varios; las diversiones se dividían en aquellas que eran propias de las costumbres, de la vida familiar, y aquellas de índole popular, que eran mal vistas. Sin embargo, conforme avanzó el tiempo, llegaron a la ciudad nuevos entretenimientos, algunos portadores de los tiempos y estilos de vida modernos, que, si bien fueron rechazadas continuamente, poco a poco fueron parte del escenario y de las rutinas locales. Esto lo podemos ver a partir del siguiente cuadro:

CUADRO III
ESPACIOS PARA LA DIVERSIÓN EN LEÓN DURANTE EL SIGLO XX

Período	Cines	Cabaret	Salones	Estadios	Unidades deportivas	Clubes	Parques	Plazas	Arenas	Zona roja
1900-1910	3	0	0	1	0	0	2	2	1	0
1930-1940	6	3	0	2	2	0	1	0	1	1
1950-1960	5	0	0	1	1	3	2	1	0	1
1970-1980	7	0	0	1	2	4	0	0	0	1
1990-1995	5	0	0	0	0	8	2	0	0	1

Fuente: Gómez Vargas, 2001

De entrada, resalta el caso del cine, que a lo largo de todo el siglo XX estará presente, con equipamientos permanentes, dado un metabolismo particular de los mismos. Asimismo, la presencia de estadios para la práctica de deportes, que después del segundo periodo será predominantemente el fútbol y la zona roja. La zona roja aparece de la manera en la

que estaba durante el último periodo: casi en la clandestinidad, hasta que en el segundo periodo la institucionalizó, pero desapareció casi al final del tercer periodo. También está el caso de los parques, que eran espacios de larga data, junto con la plaza principal y algunas plazas de los barrios más antiguos, a los que las familias iban de paseo. Caso particular sería el de los clubes, a los que se podía ir a practicar un deporte, que conforme avanza el siglo, crecen sensiblemente, cumpliendo funciones sociales también.

A lo largo del siglo XX, comenzaba a actuar algo que apenas era perceptible, un elemento que sería subordinado hasta llegar a la segunda mitad del siglo XX, para convertirse en todo un mundo que se ha desplegado, se ha manifiestado, y se vuelve una realidad a fines del segundo milenio. Consideramos que, entre otras cosas, se ha dado a través de varias tendencias fundamentales en el equipamiento y conformación de un tipo de públicos culturales, que ha estado muy cercano a la convivencia familiar y social, la práctica o afición de algún deporte, el gusto por la música y el cine. Podemos pensar en algunos puntos específicos que han sucedido con el campo cultural de la diversión. Por un lado, la constitución de sitios recreativos, es decir, la presencia temprana de espacios para que los leoneses pudieran ir a pasear, y conforme avanza el tiempo, a realizar algún tipo de actividad especializada; en algunos casos, diferenciada por la posibilidad social y económica de su disfrute, como fue el caso de los parques, los clubes deportivos: la tendencia fue la de conformar lugares para la práctica deportiva. También se puede observar la constitución de zonas de distribución de bienes y formas simbólicas. En el caso de algunos espacios, desde los primeros tiempos del siglo, permitieron a los leoneses entrar en contacto con objetos e instrumentos que les han facilitado –también con un dejo de diferenciación social y económica–, realizar algunas prácticas, públicas y privadas; como el caso de las librerías, tiendas de música, de discos, y en los que la tendencia ha sido hacia la práctica musical. Finalmente, mediante la conformación de áreas de difusión de bienes y formas simbólicas; también en algunos casos establecidos desde una edad temprana del siglo XX, incluso varias que datan del XIX, pero que en este punto es necesario mencionar ciertas diferencias importantes: sobre aquellos espacios de mayor continuidad y presencia, que permanecieron y que en algunos casos evolucionaron y crecieron a lo largo del siglo: teatros, bibliotecas, arenas, plazas de toros, cines, estadios, radiodifusoras; por otro lado, los sitios de mayor concentración energética, aquellos que aglutinaron a lo largo del tiempo a una gran cantidad de la población a través de todo el siglo: estadios y cines; finalmente, aquellos lugares que han propiciado una acción a partir de su

presencia tanto física como mediada, y también con una gran capacidad para emanar energía social y organizar a la población alrededor de ellas: estadios, cines, radiodifusoras, televisoras.

Y en ese nuevo mundo, son los jóvenes quienes lo irían a poblar, lo que pondría en movimiento, a lo largo del tiempo, el mecanismo de lo tradicional y lo moderno, pues era la cultura leonesa la que expresaba y reaccionaba.

Cuando el mundo era una butaca
O del surgimiento de una nación

El cine es un instrumento tecnológico de segundo orden, en el sentido de que por sus características particulares, se instala en un espacio social y desde ahí mediatiza una relación social (González, 2001; Thompson, 1998). Pero al insertarse en un espacio social y al mediatizar relaciones sociales, lo hace en un espacio social histórica y socialmente preconfigurado. Al incrustarse así y ser parte de las dinámicas sociales, se convierte en la memoria de las personas como una marca cultural, un geosímbolo de sus entornos e identidades personales y sociales (Giménez, 1999).

Para la ciudad de León, el cine era un espacio social porque estaba ubicado en el lugar público con lo cual se permitía el acceso a su interior, es decir, porque en sí mismo conformaba una distribución espacial diferenciada por el diseño y la distribución de distintos sitios donde la gente, a lo largo del tiempo que permanecían en el cine y mediante una secuencia temporal propia del rito de ir y estar ahí, podía hacer distintas cosas de diferentes maneras. Es por ello que la primera referencia de las representaciones sobre las salas de cine es que eran parecidas a un teatro, porque también cumplían con otras funciones que no eran las de proyectar películas: era donde se daban algunos ritos sociales locales; también el vínculo con los teatros era por el tamaño del edificio, pero no sólo eran grandes las salas en sí mismas, sino que lo eran para que hubiera mucha gente en su interior. El cine se convertía, como un teatro, en un recinto enorme que daba cabida a una considerable cantidad de personas que le daban la otra parte de ir a ver películas: la reunión social, el punto de encuentro, ser un microcosmos de la sociedad que se concentraba y se veía, era lo que para muchos representaba el hecho de ir al cine. El punto a enfocar es que con estas representaciones, ir al cine era el hecho que les permitía reunirse y estar en sociedad. Era un rito semanal de un grupo de personas donde podían ir a ver y ser vistos, convivir, estar juntos, ser parte de algo y en donde la misma película, en varias ocasiones, era lo

secundario, pues se elegía la menos mala. Las redes sociales se daban en el exterior y ahí encontraban una zona en la que se podían ver para continuarlo en otros espacios, como se hacía los domingos en la plaza principal.

Desde esta perspectiva, el espacio social del cine era un punto de referencia y un modo de la sociedad para estar juntos, un sitio que se abría entre la calle, la casa, la plaza principal, para conformar parte de las rutinas y de los ritos de reproducción, relación y reconocimiento social. El mundo tradicional de la ciudad empleaba el cine como un lugar más para su reproducción; esto se puede ver a través de cómo se inserta una de las dimensiones temporales del cine, es decir, los días en que la mayoría concurría a las salas. Había dos días a la semana que eran los que se destinaban para ir al cine: los jueves y los domingos, aunque era más común que el domingo era el día en que la mayoría solía ir a las funciones. De hecho, la ida al cine se daba dentro de una rutina que se vivía de manera reiterativa y muy marcada, en la que se abrían distintos momentos a lo largo de ese día: el primero tendía a ser en familia, después había un momento en el que algunas familias se dividían en actividades para hombres y otras para mujeres; al medio día todos se reunían a comer, y en la tarde, los hijos se iban al cine y, posteriormente, a la plaza principal. Cuando los hombres y mujeres hablan sobre las diversiones en la ciudad, no sólo se refieren a que eran pocas, sino que estaban muy establecidas y ejecutadas por patrones rutinarios muy marcados; el hecho de ir al cine los domingos era algo de ello, tanto que pareciera que era más importante cumplir con ese rito que ir a ver y disfrutar una película, por lo cual asistir al cine era un referente cultural y social.

Ir a ver películas, entonces, tenía una dimensión de interacción social, donde el mundo local se volvía a encontrar. Un espacio llegado por el mundo nuevo, que era apropiado por el mundo del pasado, ajustándolo a sus circunstancias, mismo que se convertía en un microcosmos del macrocosmos que era la ciudad. Pero el cine no sólo tiene una dimensión espacial e interrelacional, también posee una dimensión cognitiva, pues es un artefacto cultural por medio del cual tanto se apropia de la cultura de un grupo social, como se generan experiencias nuevas a partir de las realidades simbólicas, virtuales, que por ahí discurren, distribuyendo no sólo la cultura, sino nuevos mundos cognitivos (Cole y Engeström, 2001). Desde esta perspectiva, el cine organiza materiales simbólicos que corren por dos vertientes: comunica una serie de contenidos, pero también transmite un material cultural que proviene de estructuras de sentido que perviven en el tiempo y que se actualizan en actos comunicativos (Debray, 1997). Es decir, tanto reafirma mundos cognitivos que provienen de es-

tructuras meméticas del pasado, como también genera procesos eneactivos (Varela, 1990), donde emergen mundos cognitivos inéditos que se acoplan a las vivencias individuales, a los contextos sociales, a través de nuevos artefactos meméticos (Blackmore, 2000). Es ahí donde el mundo parece el mismo, pero se abren realidades subjetivas no conocidas que llevan a la reconfiguración de las nuevas identidades personales (Gergen, 1997).

De esta manera, la mayoría de las personas, pese a que la tendencia es a decir que se iba más por el hecho social, por estar juntos, por el rito social, vieron una gran cantidad de películas que se guardan en su memoria. Algunas más como géneros, otras más por los actores o actrices, el tipo de películas donde salían o también porque las conservaron como las favoritas o que les impactaron por otra razón. Un magma de imágenes, rostros, luces y sombras, que en ocasiones adquieren formas por distintas vías, pero con tendencias a partir de su trayectoria personal, de la época y del género al que pertenecen los hombres y las mujeres. Si bien, en la mayoría de los casos, es vista su experiencia y relación como un mero hecho de entretenimiento y diversión, hay un trasfondo más profundo que es posible ver tanto en la manera como esa experiencia se entreteje con dimensiones sociales e individuales más amplias, como por todo el mundo del cine que se instaló en su experiencia, en su interior.

Hay dos elementos que eran un elemento común en la experiencia de cada individuo, grupo social y la ciudad. Estos dos componentes salen a partir de lo expresado por uno de los hombres:

> El cine es un espacio, al mismo tiempo, de reunión y de fuga. En términos muy generales sería diversión, hacer algo distinto, pero, ya dentro del espacio cinematográfico, es un lugar de reunión. Puede ser esto muy claro porque te pasan la película en televisión y la gente tiende ir al cine si quiere porque hay que salir. Si tú te quedas a ver la película en tu casa, tú no te mueves espacialmente, estás en tu casa, entonces, se siente la necesidad de ir a otros espacios, aunque sea una película que la puedes ver en tu casa. Es una concepción del mundo de cómo te estás moviendo, si implica salir, trasladarte y otro lugar donde vas a ver el espectáculo, con otras personas, te vas a saludar, vas a participar en un espectáculo y mientras en tu casa no participas. Es una relación más personalizada, individualizada, aunque te compraras una pantallota del mismo tamaño del cine en tu casa, la actitud de ver cine no sería la misma (LEH9).

Esta reflexión hace una síntesis de la manera en la que hombres y mujeres evalúan lo que era la experiencia del cine para sus vidas o para la ciudad de León. Y en ese punto hay una diferencia importante en la manera en la que la evalúan los hombres y mujeres, así como lo hacen las

diferentes generaciones, principalmente entre los hombres. Comencemos con los hombres. Los hombres mayores ven su relación con el cine, en el pasado y en el presente, como una manera de divertirse, de entretenerse, no más. La manera como tienden ellos a ver cómo era su relación con el cine es a través de una forma de pasar el tiempo y lo hacían porque era un referente y un rito social. En ese sentido, el cine era más una cohesión social, una integración social y afectiva, un referente para renovar redes sociales, pertenencias y ubicación social que, si bien no dejaban de asimilar y disfrutar las películas, se daban más por el hecho de divertirse grupalmente. Era una diversión y una reunión social. Fuga y reunión colectiva. Sin embargo, había algo más que el mero entretenimiento, pues los hombres, principalmente los más jóvenes, no dejarán de observar que el cine les daba pautas de conducta, estilos de vida y formas de ser que fueron conformando su vida ordinaria, así como sus maneras de ser y actuar como jóvenes. Por ejemplo, la moda se configuró para ellos como un elemento muy vinculado con el cine y a partir de la cual se accedía a formas de ser: el cine proveía una manera de ser, les enseñaba cosas a los jóvenes principalmente a partir de la época del *rock and roll*. De esta manera, varias de las películas que se veían no sólo cobraban vida en la imaginación de los jóvenes, sino en su forma de ser, que se extendía y se convertía en un referente social y de época, tanto para los hombres como forma de pertenecer a un grupo y una forma de interactuar, como con las mujeres, como lo veremos más adelante. Si bien a muchos el cine les podía significar un mero pasatiempo, la influencia de ciertas películas en ellos o en su entorno, terminaba por ser un hecho y un medio de pertenencia o integración.

En el caso de las mujeres tiende a suceder de una manera similar a la de los hombres en el sentido de que las mujeres solían ver de la forma su relación con el cine; las más jóvenes la concretizaba en el modo como más cotidianamente se extendía en ellas mediante modelos de imitación y la estilización del cuerpo a través de la moda. Los hombres mayores hablaban de diversión y entretenimiento. Las mujeres mayores lo dirán de otra manera: socializar y abrir el mundo. Una de estas mujeres expresa en dos momentos la importancia del cine en su adolescencia. Por un lado, la fuga; por el otro, la reunión. Expresa:

> Para mí era fundamental, el cine era fundamental. Era mi escape, era mi *relax*, era otro rollo, era lo mío, así me encantaba el cine, así era cuando me castigaban: "no vas al cine el domingo" (LEM1).

Pero después expresa y amplía la visión: el escape se relacionaba con un sentimiento de pertenecer a una comunidad, un acto de conocer algo más

allá de su entorno, de abrir el mundo. El escape no era un elemento eminentemente catártico, aunque también podría ser, sino una manera de acceder a otras formas de vida, a otras realidades y a aprender de ellas. El cine era una forma de socializar pero también un espacio de movilidad y apertura ante el mundo cerrado que encontraban en la ciudad, pero a diferencia de los espacios a donde podían acudir y moverse con libertad, y que era un espacio con pocas opciones para ellas, el mundo del cine les presenta otra posibilidad: ampliar visiones, vivir otros mundos. La socialización y el aprendizaje, otro modo de ver la fusión y la reunión, implicaba varias experiencias. La primera: el mundo se abre. Otra mujer lo dice así:

> Me abrió mucho al mundo; primero que nada, te das cuenta de que existen otros mundos, que existen otras ideologías. Lo gracioso es que en el momento en que lo estás viviendo no lo crees, digo, no sientes; pero aparte del tiempo en ese momento que analizo, creo que sí, como que sí te abre un poquito el panorama. Por ejemplo, en mi caso no nada más existe León, en mi época no había universidades en León, estudiaban las mujeres, era Normal, Enfermería, pues creo que nada más y la que quería estudiar alguna carrera se tenía que ir a México o a Guanajuato, que no era sencillo. Sí tuve compañeras que lo hicieron pero para mí no, mi papá ¡qué me iba a andar dejando!, ¡nunca!; entonces, pues estudié Normal, como que te impulsa algo, y quizá sea eso que dices ¡bueno! ¿Por qué no?, a lo mejor sí, a lo mejor sí influyó (LEM2).

El impacto para las mujeres comienza a ser espacio de liberación. Las primeras no llegan a expresarlo así: las otras mujeres por ahí rondan sus ideas, al mismo tiempo que asumen que les mostraba modelos y comportamientos que se podían apropiar y asumir para vivirlos y, a partir de ellos, socializar. La liberación no era nada más por el hecho de vivir mundos imaginarios y confrontarlos con su realidad: se debía a que algo que veían en ese mundo rosa de las películas que les gustaba, a través de las actrices con las que se identificaban, les otorgaban modelos de ser: por un lado, en el sentido estético y corporal, pero también, en las maneras en las que las veían actuar y lo que veían que expresaban, sentían y aspiraban. Pero no sólo fue el cambio de modelos, de discursos cinematográficos, sino de la cultura en general y las transformaciones de la ciudad que, a finales de los sesenta y a principios de los setenta, se dan algunos elementos donde esos modelos puedan tener algunos cauces y manifestaciones más allá de la moda: la posibilidad de que el cine, además de todo lo dicho anteriormente, sea un instrumento claro de reflexividad que conlleva una visión ideológica e intelectual en estas mujeres.

La experiencia de hombres y mujeres que viven esta época señala, entonces, el paso de una sociedad a otra, donde el punto es que no necesariamente una sustituye a otra, sino, más bien, comienzan a convivir diferentes realidades materiales y subjetivas. El mundo de los jóvenes, con lo que podría denominarse como la "emergencia de las culturas juveniles" (Reguillo, 2000), que se dio en esta época, nos puede dar elementos para entender esto. Asimismo, la diferente forma en la que lo vivieron las mujeres respecto a los hombres y la manera como será experimentada por las distintas generaciones. Las dinámicas sociales se tornaron culturales, lo que se reflejó en el mismo modo en el que experimentaron a la ciudad, que comenzaba a dispersarse, crecer, tornándose la vivencia más como una exploración, un flujo de realidades, de mundos cognitivos diversos, siendo cada vez más relacional y mediada por formas y bienes simbólicos.

Conclusiones

El mundo no es suficiente; ni para siempre

Es difícil entender lo que ha sido el siglo XX si no se observa lo que sucedía en las ciudades, y más a partir de su segunda mitad. Las sociedades entraron en un nuevo impulso en el que la modernización ya no sólo fue un proyecto político y económico, sino que fue posible su vivencia y experiencia, en la mayoría de los individuos, en sus cotidianeidades.

Esto marca la importancia de recuperar la historia de las ciudades del país. Pero también porque ese proceso no fue ajeno a contradicciones, tensiones, ambigüedades no tanto en lo que se refiere a la manera como se ha dado, sino por la manera en la que reaccionó el peso de su pasado; es en gran parte la manera en la que se dio ese encuentro, cómo generó zonas –borrosas sociales y culturales–, la manera en la que se han configurado en la actualidad y están reaccionando a los nuevos impulsos del sistema mundo, ahora a través de la globalización.

Dentro de esos marcos de movimientos y tensiones, no puede entenderse, en muchos casos, el paso de incontables ciudades sin lo que representó la llegada de un mundo ilustrativo mediado por una industria cultural, una industria del consumo, la manera en la que llegaron los medios de comunicación, la forma en la que se establecieron, se integraron y acompañaron a las ciudades durante un nuevo giro cultural. Si hoy es una realidad casi generalizada, el modo en el que se insertaron señala algunas de las pautas en las que se realizaron. La experiencia con el cine marca la forma en la que se comenzó no sólo a vivir un mundo que llegaba del exterior, sino a la misma ciudad, urbe que comenzaba a tener

los primeros impulsos por adquirir dimensiones comunicacionales que ahora son parte de sus dinámicas.

Una ciudad como León, asombra por el crecimiento que ha tenido a lo largo del siglo XX, pero principalmente en los últimos veinticinco años. No es sólo la extensión, sino el ritmo cada vez más acelerado de los cambios: la presencia creciente de ofertas culturales, de grupos sociales, de nuevos actores sociales y la diversidad de subculturas. Asombra por la cantidad de jóvenes, por la nueva visibilidad de las mujeres. Asombra por la dificultad de hacerla asible, no sólo por la amnesia histórica que la ha caracterizado, sino por la complejidad que cada día va emergiendo y porque, además, mantiene un nexo con el pasado que es su impronta y desde donde se teje y ajustan las nuevas dinámicas, reorganizando continuamente los ambientes y escenarios sociales. Es por ello que la mirada a la ciudad de León se torna necesaria, para habitarla y comprenderla, no sólo para mantener la mirada histórica de su desarrollo, sino con la intención de asumir un punto de vista para hacerlo: en eso aparecen las ciudades que ha sido, las ciudades que se despliegan en el presente, las incógnitas que buscan respuesta sobre su futuro.

Notas y referencias bibliográficas

1. La ciudad, desde siglos, tuvo un perfil industrial, pero una peculiaridad de ese fenómeno es que predominaba dentro de las unidades familiares: hay elementos de identidad tradicional de algunas de sus zonas. Por otro lado, la ciudad mediada, por la presencia de la radio, comenzó en la década de los años treinta y se consolidó en los cuarenta; sin embargo, con una dimensión mayor que incluyera a otros medios y artefactos que posibilitaran una mediación de y en la ciudad y con otros entornos más amplios, sólo fue posible de manera general y sistematizada a partir de los años cincuenta y sesenta.
2. A excepción de la ciudad de Guadalajara, que no la incluyó en su estudio. Véase Michel, 1978.
3. El aspecto urbano en la ciudad fue predominante desde mediados del siglo XIX; es por ello que ya en la mitad del siglo XX la población urbana en la ciudad de León era muy superior a la rural: en 1950, el 79.9% lo era; en 1960, el 82.0%; en 1970, el 89.9% y para 1980, el 91.0%. Ver IMPLAN, 1997(a): 5.
4. Esta tendencia de la población fue desarrollándose a lo largo de las décadas. En la de los setenta, el 67.5% era menor de 24 años de edad. En la década de los ochenta el predominio de la población joven era evidente dentro de la estructura poblacional de la ciudad de León, pues el 56.6% tenía de 0 a 19 años: mayor que la media nacional de ese entonces; el 50.33% tenía menos de 15 años, y el 79.32% era menor a los 25 años. Ya para la década de los noventa se consideraba que el 40.38% de la población era menor a los 14 años, y el 30.1% tenía entre 15 y 29 años de edad. Ver: UIA León, 1983: 1991.
5. Las tendencias para dar cuenta de la magnitud de la migración son varias, aunque todas la reconocen como existente. Por ejemplo, la Dirección de Desarrollo Urbano consideraba que sólo se refería al uno por ciento de la población (ver periódico *A. M.* del 5 de junio de 1989), pero en 1988 el Consejo Nacional de Población (CONAPO) consideraba que una sexta parte de la población era de inmigrantes de diversos estados como Guanajuato (37.7%), Jalisco (21.2%), el Distrito Federal (12.5%), y otras entidades como San Luis Potosí, Michoacán y Zacatecas, y que el 51.5% provenían de localidades mayores de 15 mil habitantes, por lo que los consideraban más de raigambre urbana que rural, como sucedía en décadas pasadas; se consideraba que habría que reconocer "el importante papel que juega León en la región" (véase periódico *A. M.*, 25 de octubre de 1988). Por otro lado, el Centro de Estudios Económicos del Sector Privado calcula que de 1985 a 1990, 25,620 personas provenientes del Distrito Federal, el Estado de México, Jalisco y Michoacán, habían llegado a la ciudad de León, mientras que el Censo de 1990 calculaba que 92,072 personas (10.6%) no eran de la ciudad de León (ver *A. M.* 1998).

Bibliografía

Blackmore, S. (2000). *La máquina de los memes*. Paidós, Barcelona.

Brunner, J. J. (1992). *América Latina: cultura y modernidad*. México, CNCA.

Cole, M. y Engeström, Y. (2001). "Enfoque histórico-cultural de la cognición distribuida", en: Salomon, Gavriel (compilador), *Cogniciones distribuidas. Consideraciones psicológicas y educativas*. Amorrortu, Buenos Aires.

Debray, R. (1997). *Transmitir*. Manantial. Buenos Aires.

De Kerckhove, D. (1999). *La piel de la cultura. Investigando la nueva realidad económica*. Paidós, Barcelona.

De Landa, M.(1998). "Mercados y antimercados en la economía mundial", en: Aronowitz, S., Martinsons, B. y Menser, M. (compliadores), *Tecnociencia y cibercultura. La interrelación entre cultura y ciencia*. Paidós, Barcelona.

Fernández Chrislieb, P. (1999). *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Anthropos, Barcelona.

Fossaert, R. (1994). *El mundo en el siglo XXI*. Siglo XXI, México.

Galindo, J. (1987). *Movimiento social y cultura política. Discurso, conciencia, historia*. Universidad de Colima, México.

Gergen, K. (1997). *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo.* Paidós, Barcelona.

Giménez, G. (1999). "Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural", en: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. Época II, Volumen V, No. 9, Universidad de Colima, México.

—(1996) "Territorio y cultura", en: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas***.** Época II, Volumen II, No. 4, Universidad de Colima, México.

González, J. A. (2001). "Frentes culturales: para una comprensión dialógica de las culturas contemporáneas", en: *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. Época II, Vol. VII, No.14, Universidad de Colima, México.

—(1994). "La transformación de las ofertas culturales y sus públicos en México", en *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*. Vol. VI, No. 18, Universidad de Colima, México.

Hobsbawm, E. (2000). *Entrevista sobre el siglo XXI*. Crítica, Barcelona, .

—(1984). "La función del pasado: algunas preguntas", en: Hervitz, Noemí (selección), *Historiografía Contemporánea*. UAEM, México.

—(1984). "La función del pasado: algunas preguntas", en: Hervitz, Noemí (selección), *Historiografía Contemporánea*. México, UAEM.

Kosko, B. (1995). *Pensamiento borroso*. Crítica, Madrid.

Lull, J. (2001). "Superculture for the Communication Age", en: Lull. J. (editor), *Culture in the Communication Age*. Routledge, London.

Maffesoli, M. (2002). "Tribalismo posmoderno. De la identidad a las identificaciones", en: Chihu Amparán, Aquiles (coordinador), *Sociología de la identidad*. Miguel Ángel Porrúa – UAM, México.

Martín-Barbero, J. (2001). "De la experiencia urbana: trayectos y desconciertos", en: Reguillo, R. (editora), *El laberinto, el conjuro y la ventana. Itinerarios para mirar la ciudad*. ITESO, México.

Michel, M. A.(1978). "El sistemas de ciudades en el Bajío", en: *Controversia***.** Tomo I, año 4, No. 5, México.

Montesinos, R. (2002). "La construcción de la identidad masculina", en: Chihu, A. (coordinador), *Sociología de la identidad*.UNAM – Miguel Ángel Porrúa, México.

Morin, E. (2001). "La necesidad de un pensamiento complejo", en: González Moena, S. (compliador), *Pensamiento complejo. En torno a Edgar Morin, América Latina y los procesos educativos*. Cooperativa Editorial Magisterio, Bogotá.

Ortiz, R. (2000). *Modernidad y espacio. Benjamin en París*. Norma, Colombia, .

— (2001). "Globalización, modernidad y cultura", en: *Metapolítica*. Vol. 5, enero-marzo, México.

Prigogine, I. (1998). *El nacimiento del tiempo*. Barcelona, Tusquets.

Reguillo, R. (2002). *Cuatro ensayos de comunicación y cultura para pensar en lo contemporáneo.* UIA León, México.

— (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Norma, Buenos Aires, .

— (1992). "La ciudad es el campo: una contradicción llena de sentido", en *Comunicación y Sociedad.* No. 14-15, Universidad de Guadalajara.

Robertson, R. (1998). "Identidad nacional y globalización: falacias contemporáneas", en: *Revista Mexicana de Sociología*. Vol. 60, No. 1, UNAM, México.

— (1992). *Globalization. Social Theory and Global Culture*. Sage Publications, London.

Rupert De Ventós, X. (1976). *Ensayos sobre el desorden*. Kairós, Barcelona.

Salazar, H. (1984). *La dinámica de crecimiento de ciudades intermedias de México*. El Colegio de México, México.

Semo, E., "Prólogo", en: Semo, E. (coordinador), *México, un pueblo en la historia*. Tomo 6, Nueva Imagen, México.

Thompson, J. (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación.* Paidós, Barcelona.

Unikel, L. (1978). *El desarrollo urbano en México. Diagnóstico e implementaciones futuras*. El Colegio de México, México.

Varela, F. (1900). *Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspecti-vas. Cartografía de las ideas actuales*. Gedisa, Barcelona.

Bibliografía de consulta

A.M. (1998). "Las noticias en movimiento. 1978-1998". Edición especial del periódico *A.M.* por veinte años de actividad periodística, León.

Instituto Municipal de Planeación (1997). *León hacia el futuro. Información diagnóstico. Plan estratégico urbanístico municipal. Población*. Presidencia Municipal de León, León.

— (1997a). *León hacia el futuro. Información diagnóstico. Plan estratégico urbanístico municipal. Asentamientos Humanos*.Presidencia Municipal de León, León.

Labarthe, M. C.(1997). *León entre dos inundaciones*. Ediciones La Rana, México.

Gómez, H. (2001). *Cartografías urbanas y el equipamiento cultural en León*. UIA León – FONCA – IMPLAN, México.

UIA León (1983). "Estudio del entorno". Documento fotocopiado, México.